

LOS DISCURSOS DEL DIA JUBILAR

**Discurso pronunciado por el Ministro de Justicia e Instrucción
Pública de la Nación, doctor Jorge de la Torre:**

ALLA por la vieja y gloriosa España, la del romancero y las conquistas, que fué tizona en el Cid y canción en el Arcipreste, hay ciudades con nombres arábigos y espíritus ungidos de cristiandad: Granada... Sevilla... Córdoba...

Desde el día en que Boabdil abandonó el trono de sus mayores, los caballeros abencerrajes se fueron diseminando por los vastos caminos del mundo.

Ellos amaban el suelo nativo, y aun lejos del solar, por su recuerdo eran astrónomos, guerreros, legisladores y poetas.

Vivían y luchaban en tierras extrañas, deseosos de retornar a la sombra de sus torres, al encanto de sus alcázares, a la paz de sus rincones familiares... Así, conservaban la herrumbrosa llave de sus hogares lejanos, y la trasmitían de padres a hijos inculcándoles idénticos deseos, incitándolos a volver a introducirla algún día en la cerradura de la vieja cancela, para que sus hojas se abrieran como brazos acogedores.

«HABLAR CON EL CORAZON.»

Señores: Tengo la plena seguridad de que hablar con el corazón en Córdoba, es sentirse y ser cordobés; y que las conmemoraciones cobran más brillo, cuando las palabras oficiales hallan refuerzo en las aristas de nuestra más íntima y propia sensibilidad.

Por eso, en el primer acto que presido entre vosotros, como Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, he querido evocar a los abencerrajes de la otra Córdoba, porque, cual ellos, conserva mi memoria una lección transmitida de padres a hijos; porque siento a esta ciudad tan mía, como la sangre que corre por mis venas; porque aquí tengo el solar donde mis ascendientes nacieron y vibraron; y porque vengo trayendo también la herencia de una llave forjada con hierro de recuerdos, para que las puertas simbólicas del histórico Monserrat, que hoy representa el alma toda de vuestro pueblo, se

entreabran generosas a mi llegada y los que hoy le dan vida, sus evocaciones, sus glorias y sus leyendas, me reciban acogedoras, como al hijo lejano que retorna, con la pujanza invencible de su emoción.

Debo congratularme de llegar a esta docta ciudad en fiesta semejante, cuando el alma florecida de vuestra tierra desafía al invierno, y la tradición de las centurias se renueva para agruparse conmemorando una fecha: 250 años de la fundación del Colegio de Monserrat, que son doscientos cincuenta escalones para ascender hasta el monumento que merecen los seres de la talla de don Ignacio Duarte y Quirós.

EL SIGNIFICADO DEL FAUSTO ACONTECIMIENTO

La elocuencia de los anteriores discursos, aquí pronunciados, ha puesto bien de manifiesto, el significado de tan fausto acontecimiento y el perfil de un genio animado por el fuego de su linaje lusitano y el vigor de su raigambre cordobesa.

Varón digno de laudos, en un ambiente que piensa, reza y construye; trasunto de su época fervorosa, símbolo humano de una vocación eterna que se equilibra con la fe y la serenidad; apóstol del progreso, sacerdote de la caridad y la justicia; ungido de Dios para la doble tarea de reverenciarlo en su ministerio y en sus altares y transmitir el principio de su sabiduría a las nuevas generaciones.

Tal fué el doctor Ignacio Duarte y Quirós, cuyos biógrafos lo describen para el bronce, revestido por el sayal de su generosidad, la tonsura de sus humildades, el cilicio de sus amarguras y la aureola de sus virtudes.

Duarte y Quirós encarna la esencia del espíritu cordobés de cualquier tiempo: ante las dificultades, presenta combate; para las empresas, pone talento; razona y medita, calcula y proyecta, pero envuelve sus planes en una tibia atmósfera de idealismo.

Es docto, erudito, grave, y sin embargo, sabe de la pasión: la santa pasión que enardece e impulsa a realizaciones imperecederas.

NACE EL COLEGIO

Así nace el Colegio Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat, por gracia de su esclarecida mente, donde se conservó, como hoy las ondas alrededor de la antena, un poco del pensamiento de todos los cordobeses que fueron, son y serán.

Desde la Real Cédula de 1685 y la escritura de donación del 87, se iba afianzando su obra para extenderse por todas las provincias del Tucumán y Plata, cual lo atestigua el Padre Miranda al contemplarla junto con la Universidad, a cuyos destinos está unida como la raíz al tronco; porque si la casa de Trejo es cumbre, la casa de Duarte

es luz para escalar las alturas; si la una es realización de muchos ensueños, la otra es clave para que los ensueños se realicen, pues ambas custodian las etapas de la cultura que el bien cimenta y que la gloria perpetúa en el «Ut portet nomen» de la Universidad trisecular y en «la atmósfera propicia a las virtudes», del antiguo Instituto Convictorio.

Cicerón, Ovidio y Virgilio platicaron en sus aulas; sus sillares recogieron goces de muchos pueblos y edades; Córdoba legendaria, la de lo digno y lo excelso, que forma conciencias, cree en el cielo y espera, vigila desde sus salones y sus patios coloniales y permanece incólume, pura, incontaminada, en los claustros del Colegio de Monserrat.

UNA EXISTENCIA PARALELA

Históricamente, pueblo y fundación existen a la par: la colonia le dió carácter; los conceptos fundamentales de filosofía jurídica y política, la afirmaron constituyéndose en guía de los mensajeros que recorrieron el territorio predicando amor; el pensamiento de mayo se incrustó en su prosapia, los cerebros de la revolución abrevaron en su fuente y así pudo decirse de este recinto, que «sus alumnos directos o indirectos fueron los promotores, tribunos, estadistas y guerreros de la gesta nacional, porque sus profesores y sus enseñanzas, concurren a desarrollar el temple de las aspiraciones concretas en el despertar patriótico de 1810».

Esos preclaros varones, con Funes, Gorriti, Bedoya, Castro Barros y tantos otros, prepararon el advenimiento moderno, sus rectores señalaron rumbos; presidentes de la nación, artistas, legisladores, hombres de estado y de ciencia pasaron por aquí y sus doscientos cincuenta años lo sorprenden unido a la Universidad desde la cual un digno rector, maduro en la visión y en los actos, enfoca con claridad los complejos educacionales de la hora.

Junto a las directivas del doctor Novillo Corvalán, el rector de la casa, ingeniero Rafael Bonet, tiene el honor de continuar la obra de sus antecesores; y a fin de que el establecimiento supere su ritmo, un núcleo notable de educadores comparte su responsabilidad y aplica inteligentemente los preceptos del nuevo plan de estudios, por cuyos seis cursos atraviesa cierto soplo de humanismo clásico, no reñido con la espiritualidad.

«BUSCA DIRECTIVAS»

Señores profesores: En la crisis que sufre la enseñanza secundaria, vosotros realizáis serios esfuerzos rehabilitantes.

La segunda enseñanza busca directivas para llenar los fines de formación moral e intelectual que la originaron. Después de años

de ensayos, planes y programas distintos, aún carece de completa solución el problema.

No seré yo quien lo esquive desde tan alta tribuna y creo que debemos atribuirlo en gran parte a que no todos los profesores, por un extraño fenómeno, tienen el entusiasmo necesario para fojar el alma de sus alumnos en los principios morales que inspiraban las enseñanzas de Duarte y Quirós.

Si cada hombre que enseña no asume responsabilidad, será vano nuestro esfuerzo de gobernante.

Pero aun hace falta más: es necesario educar la conciencia en todas las esferas sociales, en la opinión del país, en los padres y en los jóvenes, de modo que no lleguen al establecimiento secundario pensando sólo en salvar una dificultad momentánea para la carrera superior.

La educación secundaria debe ser más que un mero desfile de materias dictadas y aprendidas con indiferencia, debe ser la acción formativa de cada ciudadano del punto de vista moral e intelectual.

Un país cuya juventud pensase sólo en los medios de hacer dinero, podría ser rico pero nunca noble y culto, y nosotros tenemos el deber de prevenir ese peligro.

Por eso, como ministro de instrucción pública, siento la necesidad de expresarme así, al colocarse la piedra fundamental de la estatua a un didacta: ese Duarte y Quirós sacerdote católico, cuya obra se consolida siglo tras siglo; ese Duarte y Quirós que congrega a maestros, alumnos y ex alumnos de las más diversas regiones y edades; al superior gobierno de la provincia y a sus núcleos dirigentes; ese Duarte y Quirós que por cordobés es síntesis de lo mejor que tiene cada uno de vosotros; ese Duarte y Quirós que ha podido reunir a quienes actúan en diferentes medios, con distintas condiciones, aunándolos hoy, no para debilidad, sino para robustecimiento de principios: unión imperecedera, pues traduce el afán de un vuelo hasta regiones superiores...

Por todo ello, quede eternamente grabado en la mente el nombre del doctor don Ignacio Duarte y Quirós, y que al incrustarse el corazón de esta ciudad dentro de la primera piedra del monumento futuro, lo veamos pronto fructificar en una efigie austera y sencilla: metal con figura humana de brazos abiertos, manos tendidas hacia la tierra en invitación paterna, y cabeza elevada al cielo para que el sol de aquí se quiebre sobre sus sienes y la luz dorada de Córdoba refleje permanentemente en sus pupilas de bronce el resplandor de las nubes y la beatitud del Señor...

**Discurso del Rector de la Universidad,
doctor Sofanor Novillo Corvalán:**

CON la significativa presencia del señor Ministro de Instrucción Pública de la Nación, que trae por primera vez a Córdoba el doble realce de su investidura y de su valimiento personal, y la de las altas autoridades civiles y eclesiásticas de la Provincia, celebramos un cuarto de milenio de nuestro Colegio de Monserrat y honramos la memoria esclarecida de su fundador.

Por instancia histórica y para una más estricta justicia contemporánea, necesitamos remover nuestro pasado colonial que es un campo más iluminado y de más intensa proyección de lo que supone el juicio mezclado de pasión, el que, cuando es de secta, afánase en compararlo con la Edad Media europea para envolverlos en un conjunto desdén.

El parecido cronológico es exacto sin duda, pero el juicio se llena de falsedad cuando afirma que esa edad es una noche de la historia, queriendo significar que en ella sufre un eclipse el pensamiento humano, pues productos de la Edad Media son las escuelas que, en verdadera multitud, manda fundar y organiza Carlomagno; las universidades de París y Heidelberg que florecen en sus postrimerías y un vigoroso derecho consuetudinario que cristalizará, siglos más tarde, en los códigos napoleónicos, así como llenan su vasto campo la luz metafísica del Angélico, la belleza inmortal de la ojiva y la «Commedia» del divino florentino.

Con ser profundamente mística, no sojuzga a la idea profana hasta encarcelarla, aunque busque una organización menos materialista o sensible de la vida y la encamine hacia su supremo destino. Sometida a la tutela de la Iglesia y creyendo fervientemente en la enseñanza infalible de los concilios y los papas, reprime con severidad todo intento herético, pero los tribunales inquisidores que constituye para defender la unidad de su doctrina no son culpables de los excesos que comete el poder temporal; así como su presunto desprecio por la literatura pagana que denunciara Bocaccio al ver que un fraile agustino compone con las partes marginales de los libros antiguos salterios para niños, sólo demostrará su celo para preservar de mitologías o panteísmo la empresa de redención humana que persigue, pero no significará su desdén por la sobriedad literaria de los clásicos, ni menos por los presentimientos cristianos que iluminan a Sócrates, Platón y Aristóteles, ni por la belleza de los modelos griegos y latinos donde beberán ins-

piración los artistas cristianos del Renacimiento bajo la protección de los pontífices León X y Julio II. No, la Edad Media no mata al pensamiento; lo modela y lo orienta; y sus escuelas, proveedoras en su origen de legiones de levitas, se transformarán luego en establecimientos seculares que prepararán el humanismo.

PERSONALIDAD INCONMOVIBLE

Aunque sobre nuestra Colonia no pesan la imputación de la destrucción de los modelos clásicos, ni la función excesiva del Santo Oficio, no se sustraerá al juicio de atrasada o circunscripta a la misión de convertir indios y ganar almas para el Cielo, a pesar de que en ella están la raíz de universidades y colegios; los cabildos que prepararán los municipios y la libertad política; establecimientos de enseñanza femenina religiosa que formarán hermanas de caridad y reclusas y darán, especialmente a la mujer de Córdoba, esa personalidad inconmovible que le permitirá cruzar con integridad por los caminos más tortuosos de la moda y responder con ardor e inteligencia a los llamados de su fe; figuras próceres, eclesiásticas y civiles, que entregarán a la más elevada cultura y a la patria embrionaria su talento, su apostolado y su fortuna, así como en ellas se difundirá esa siembra cristiana, persistente y generosa, que ha dado a la nación una solidez moral que le ha permitido sustraerse a todas las inclemencias ideológicas del mundo.

DUARTE Y QUIROS

En esa Colonia nació y se formó Ignacio Duarte y Quirós, varón de clara estripe, «Sacerdote de ejemplar vida y costumbres y de buenas letras», según el gobernador de su tiempo don Tomás Félix de Argandoña, que con una visión como la de Trejo y Sanabria y un desprendimiento como el suyo, funda el Colegio Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat para que en su seno se eduquen los jóvenes en «virtud y letras», y por cuyos claustros habrían de pasar figuras eminentes de la iglesia y el Estado: José Ignacio Gorriti, el profundo autor de las «Reflexiones»; el Deán Funes, reformador político y reformador universitario; Marcos Sastre, el fundador del Salón Literario; rectores como José Saturnino de Allende; Castro Barros, Miguel Calixto del Corro y José Colombres, diputados al Congreso de Tucumán; Nicolás Avellaneda, aquel niño prodigio que pareció amamantado de elocuencia, pues siendo apenas un adolescente, al pedirle un puesto de bedel al rector y observarle éste sus escasos años, le contesta de este modo, seguramente con la visión de la tragedia de su padre inmolado

y la de su propia pobreza: «Señor: el infortunio hace precoces a los hombres».

Doctorado en teología Duarte en la Universidad de Córdoba, debió sentir en su seno la sugestión de Trejo y concebir acaso allí mismo, la idea de su propia creación como un establecimiento preparatorio para los grados que discernía la Casa mayor.

No afirma la crónica si le vino con fuerza un pensamiento, como lo quiere Lozano para Trejo, o si fué el resultado de un proceso de reflexión; pero como quiera que sea, la verdad es que toda auténtica cultura, y así era la suya, no se contenta con el goce egoísta de su posesión sino que la difunde por el libro, la cátedra, la conferencia y el discurso o por la fundación adecuada; y el anhelo se vuelve impulso, arrebatado a veces cuando se siente el hervor de la fe religiosa y se cuenta con medios materiales para servirla. Pero en estos creadores de la Colonia parece que hubiese no sólo el deseo de una satisfacción inmediata de sus iniciativas, sino una evidencia, el secreto de una adivinación que les hace entrever quizás la formación de una sociedad futura, nutrida desde su génesis por el Evangelio, que elaborará una cultura propia y constituirá una reserva espiritual que acaso resulte un refugio o un consuelo para esa humanidad europea enloquecida que juega a cada rato con su propio destino.

Y todo lo da para dotar a su fundación: y la dota congruentemente, según los documentos de la época; campos que miden ocho leguas de longitud por siete de latitud; sus casas de la ciudad; su solar de Caroya, donde había de dictar su voluntad postrera y abrir sus ojos a la eternidad; sus haciendas, su plata labrada y sus ornamentos religiosos; avaluado todo, según los tasadores al efecto nombrados, Capitanes Francisco del Barco e Ignacio de Ledesma, en treinta y cuatro mil pesos, inmensa fortuna para su tiempo, heredada de sus padres y acrecentada por el celo de su administración, según sus panegiristas.

EL COLEGIO DE MONSERRAT

Lo que el Colegio de Monserrat es, su prestigio local y difundido, no necesito deciros, profesores y estudiantes: ni a vosotros, padres de sus alumnos, que a pesar de su ciclo cultural más extenso, lo preferís para vuestros hijos. Lo que el Colegio fué lo dicen los obispos y sacerdotes que dió a la Iglesia; los doctos varones con que enriqueció a la República, pero lo dice también este hecho extraordinario sobre el que he meditado muchas veces: sesenta años después de la muerte de Duarte y Quirós, el padre jesuita José Manuel Paramás, Bernabé Echenique o alumnos del Colegio Convictorio, pero más probable-

mente el primero, hace el elogio, año tras año, y durante un quinquenio, en la Compañía de Jesús, del insigne y benemérito sacerdote que lo fundó, en oraciones dignas a veces de la elocuencia de Bossuet. ¿Cómo es posible, me he preguntado yo, acaso con un criterio contemporáneo, que un hombre, por eminente que sea, por extraordinarios que hayan sido sus servicios, se grabe tan fuertemente en la memoria de su posteridad que a medio siglo de su abandono del mundo siga recordándose con tanto calor, hablándose de su creación generosa, de su desprendimiento, del significado de las armas de su escudo, de su noble y vieja estirpe, de sus extraordinarias virtudes que le hacen apellidarle el segundo Ignacio de Loyola como ocurre en las «Laudationes Quinque»?

Y en el supuesto que los elogios hayan sido pronunciados no a sesenta años de su muerte, sino poco después, ¿cómo es posible que ellos se viertan durante cinco años consecutivos sin admitir que su generación tuvo la conciencia de que su fundación había sido realmente estupenda?

Ningún testimonio me parece más demostrativo de la excelencia y trascendencia de su obra que ese juicio vertido con tanta espontaneidad y con tan persistente empeño, fuese por sus contemporáneos o por su posteridad de medio siglo después.

NO SE HA DESTRUIDO EL ESPIRITU

Ya no es, empero, este Colegio su antiguo Colegio, pero su espíritu no se ha destruido del todo; y los que alguna responsabilidad tenemos en la formación de su juventud, procuramos restaurarlo, no con un afán de inmovilidad estéril, sino buscando la continuidad de lo que hay de noble en una sustancia, sin perjuicio de las mutaciones que vaya exigiendo su propio desenvolvimiento. No rigen ya sus viejas constituciones que imponían limpieza de linaje en sus educandos; que no hubiese sangre de indios o moros en su sangre, ni enfermedad contagiosa en su cuerpo, exigencias que no eran alardes aristocráticos, ni preocupaciones de raza, sino expresión del santo temor de que influencias atávicas o ancestrales desviasen al sacerdote de la pureza de sus votos o de la integridad de su fe; ya no prepara levitas para el apostolado evangélico; el convivio ha desaparecido; la cabalgata rumbo a Caroya no rompe la quietud de la aldea; el traje ligero de sus alumnos actuales ha sustituido al pardo manto y al Bonete y la Beca de los antiguos alumnos, así como el desenvuelto continente al ceño severo que imprimieron la meditación y el recogimiento. Pero no todo ha descompuesto el tiempo: quien penetre a esta casa, cruce sus claustros y ob-

serve los gruesos muros que parecen preservaciones contra las contaminaciones del mundo, si tiene alma, sentirá un alma sobreviviente y, a la hora del crepúsculo, acaso la imaginación vea el desfile de las sombras tutelares y escuche la voz profunda de los siglos pasados, pero no muertos.

QUEREMOS MANTENER LA TRADICION

He dicho que queremos mantener la tradición del Colegio en cuanto sea posible y creo que en parte lo hemos logrado dándole a su enseñanza un carácter más formativo que instructivo con el predominio de aquellas disciplinas que, como la Filosofía y la Historia de la Civilización, dan cultura, es decir desarrollo integral de facultades y conciencia de la superioridad de lo subjetivo frente al panorama de la vida por rico que sea. Ante la fórmula pragmática de la escuela yanqui — *all learning by doing*, es decir, aprender todo haciendo — prefiero el retorno a Sócrates, o sea al parto del espíritu, del espíritu que es un huerto lujurioso, mediante la interrogación que es ya una enseñanza o merced al razonamiento que es una enseñanza mayor, porque en tal caso la función intelectual se desenvuelve en medio menos sensible y bajo una dirección autorizada, mientras que esos colegios que prefieren la enseñanza científica, que aspiran a que el estudiante alcance la mayor suma de conocimientos experimentales y de métodos adecuados para lograrlos, no sólo desenvuelven su actividad en un clima materialista, sino que exigen poco del profesor y confían demasiado en la acción del alumno. Son casi un retoño del Emilio, una vuelta al famoso ginebrino.

UN TIPO STANDARD

El colegio científico crea un tipo «standard» porque en ese comercio del estudiante con las cosas de la naturaleza sólo se alcanza un almacenamiento de conocimientos que difiere en cantidad según la suma de observación y memoria; mientras que el colegio humanista mueve todo el espíritu, es decir, ese rico capital interior, cuyo cultivo hace a veces sugestivas revelaciones.

Pero entiéndase que esta prioridad educativa de facultades que sustento no es desdén por las ciencias positivas y sus extensos campos de experimentación, sino, por una parte, un modo más adecuado para hacer su conquista y, por otra, la afirmación de una superioridad de las ciencias del espíritu y su aptitud más formadora en la enseñanza media. Pretende también, este sistema, sugerir la conciencia de que frente a la naturaleza hay un ser que la supera; una opulencia mayor

que la suya en el espíritu, así como un alma que tiene la inquietud de indagar el problema de su ser y de su destino.

El plan de estudios del Colegio Nacional de Monserrat, en cuya elaboración me cupo una participación, en cuya sanción puse, como miembro del Consejo Superior Universitario, la totalidad de mi entusiasmo y mi esfuerzo para lograrlo, y por cuya comprensión de su sentido y ejecución mediante la coordinación armónica de la labor de su profesorado he velado y velo como Rector de la Universidad, responde, en gran parte, a la doctrina educacional que he expuesto en síntesis y, en alguna, al deseo de un retorno al viejo espíritu del Colegio.

En esta forma también rendimos homenaje lejano al fundador insigne, captamos el alma pretérita que dió vida a la creación.

NOBLE FIGURA

Pero ello no es suficiente para favor tan extraordinario: por eso hemos pedido a la plástica que encarne en la arcilla imperecedera la noble figura de Duarte y Quirós.

Aquí lo tendréis en breve, señores profesores y estudiantes, en el propio solar del Colegio; y como las piedras de los monumentos tienen lengua, según la vieja expresión latina, lapides clamabunt, la de esta estatua hablará el elocuente lenguaje de una vida ejemplar, de una concepción grandiosa, de una visión profética y dirá también que si la humanidad, según la exacta observación de Sarmiento, es una tierra dura e ingrata cuyos frutos vienen tarde, cuando desapareció el que sembró la semilla, esta vez la demora estará compensada por el fervor e impulso de justicia con que este Colegio, Córdoba y en cierto modo la Nación, entregan este próximo monumento a la contemplación y el goce de la posteridad.

Y me permitiréis decir que asisto con una emoción excepcional a la realización de mi propia iniciativa, porque si bien no fui alumno de este Colegio, ni fueron testigos de mis expansiones de adolescente sus pinos centenarios, ni descansé bajo sus arcadas severas, profesé en sus cátedras de Lógica e Historia de la Civilización durante un cuarto de siglo; en ellas hice mi propia modesta formación y desde ellas impartí mi enseñanza a esa juventud que en uno y otro claustro constituye la preocupación casi total de mi vida.

Discurso pronunciado por el Rector del Colegio Nacional de Monserrat, ingeniero Rafael Bonet:

CARIDAD, amor, belleza, en lo hondo del corazón; inspiración, fuerza, o sea virtud: he aquí los destellos del alma grande de Duarte. Movido por un designio genial, levanta, en la mañana promisor de la Colonia, hace hoy doscientos cincuenta años, este templo de la cultura, bajo la advocación de la Madre de Monserrat.

Ese espíritu serenísimo, tan puro como sinceramente humano, disciplinado en normas inmutables, para honor de la iglesia y gloria suya, prodigaba desde la eminencia de su apostolado, con el fervor que da la permanente amistad con las almas, un inmaterial tesoro de bondad, de belleza interior, de caridad silenciosa. Ofrecía lo que el ser humano necesita para adormir sus instintos o para cerrar los ojos en meditación, o para dejar caer una lágrima, o aligerar su cuerpo, prolongándolo en alas, hasta ser todo alas en el vuelo final.

LA PAZ Y LA CRUZ

Sus manos dijeron siempre de la paz con el signo de la cruz. Sus labios en oración repetían las palabras del Maestro, vueltos los ojos al infinito azul, en ruego para todos aquellos que sufrían y que eran acreedores a su amor.

Su vida purificábase día a día en un insatisfecho deseo de ser cada vez más limpio de corazón, más virtuoso. Luchaba contra sí mismo en desmedida forma, hasta lastimar su cuerpo en el sacrificio voluntario. Figura de heroísmo cristiano que asciende hacia la muerte en la emoción del éxtasis y que evoca la atmósfera de transfiguración con que representamos el halo que envuelve la cabeza de los santos.

Quiso ser un corazón palpitante para la tierra y un alma para el cielo; perfumó la vida de los hombres en la tierra y lo envolvió la gracia allá en el cielo. Su obra perdura en este templo que él fundó, para que la juventud se educara «en virtud y letras». No bastó a su excelencia moral el ser un hijo dilecto de la Iglesia. Ilustrado y culto, el doctor Ignacio Duarte y Quirós, percibió, en el despertar de la civilización virreinal, la urgente necesidad de contribuir a que fuera una realidad la vida de la Universidad Mayor de San Carlos; y es así cómo, con tesón y voluntad, patrimonio sólo de los grandes, realiza

la fundación de este Colegio de Monserrat, para albergar a la juventud de América atraída por la fama de los estudios humanistas de Córdoba.

Y estamos en su templo. Siglos, piedras, claustros, sensación de perennidad; ambiente sereno para el estudio, para la honda meditación, al amparo del escudo de armas de los Duarte, emblema de virilidad y de virtud.

LA MAGNITUD DE LA CREACION

El acontecimiento de la fundación, allá en el 1687, sacudió el ambiente de la Córdoba del Tucumán. Colonizadores ardorosos tras la conquista de las minas, o el lucro del tráfico negrero, vieron, atónitos, levantarse una figura de iluminado que venía a dignificar la atmósfera turbia de la Colonia, con la inspiración de la fe y de la ciencia.

La magnitud de esta obra, la prestancia de su creador, el impulso humano que lo guiara y la munificencia de la donación, levantan hoy, en nosotros, en este siglo de los prodigios, un himno de admiración y gratitud. Más aún; si ahondamos en esos sentimientos, nos invade una impresión de excelsitud y creamos la estrofa del cántico del amor, la estrofa que nos hace dignos de vivir con él, de sentir con él, de invocar con él el ideal de perfección.

Dice La Bruyère: «No hay para el hombre más que tres acontecimientos importantes: nacer, vivir, y morir. Y sin embargo, El no se siente nacer, sufre al morir y se olvida de vivir», Duarte y Quirós no se olvidó de vivir, porque al darnos esta casa, vive aún en nosotros y vivirá en nuestra posteridad.

El Colegio de Monserrat, nacido de tan noble estirpe, ha resistido el turbión de los cataclismos históricos; su fuerza moral reside en la hondura de aquel pensamiento inmortal encendido por Duarte, y esculpido con la sobriedad del clásico: «Educar en virtud y letras a la juventud».

Sencilla premisa, inagotable e indivisible, donde se asienta esta fundación. Ella le da en el tiempo y en el espacio, el alimento necesario para engrandecerla para que realice la formación cultural del adolescente, que consiste en llenarle el corazón de belleza, al mismo tiempo que se nutre su inteligencia con los puros valores de la verdad. Educar en virtud y letras: doctrina honda y sabia que exige, como dice Rodó: «Que cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de humanidad».

LA ACCION DEL MONSERRAT

El Monserrat, arquetipo del instituto formativo, fija en la curva ascendente de nuestra patria, el punto de partida de la misma. Nacido mucho antes de nuestras instituciones republicanas, ajusta el ritmo de esa curva al sentido espiritual que lo anima. Su obra vigorosa nutre, en cada momento histórico, con nuevos elementos, la cultura y la vida de la nacionalidad, y el proceso singular, directivo o heroico de ella, obedece al impulso trascendente de su alma. Curas, prelados, obispos, doctores, militares, tribunos y poetas, formaron su carácter en estos claustros. Al recorrer el camino recio de sus destinos, en un momento significativo de nuestra historia, aquellos hombres, identificados con el verbo de Duarte, labraban, día a día, bajo la acción de la fuerza moral que los unía, la patria de la libertad, nuestra Argentina grande, que empezó a nacer también en este apacible hogar, elegido por Dios y bendecido por Duarte y Quirós.

Córdoba, la ciudad del centro, fué dotada de un colegio cuyas disciplinas debían estar subordinadas al sentido teológico-humanista que inspiraba entonces la España del siglo XVII. El eminente Juan Ignacio de Gorriti, alumno ilustre de la Universidad de Córdoba y autor de «Las Reflexiones», nos ha dicho en loor de nuestra Casa, que: «El Colegio ha dado estudiantes muy aprovechados y capaces de figurar honorablemente en las famosas universidades de Europa en las materias sobre que eran versados». A medida que las épocas se sucedían, fueron introduciéndose modificaciones sustanciales que mejoraron notablemente la enseñanza. La más importante la señala el rectorado del Deán don Gregorio Funes, incorporando la Física Experimental y, más tarde, el digno eclesiástico doctor don José María Bedoya, mejora el método de enseñanza del Latín, no descuida la de otros idiomas cultos, inspira gusto por las Matemáticas que enseñaba él mismo, por el Dibujo, la Música y la Poesía.

EL TRADICIONAL ESTABLECIMIENTO ACTUAL

Ponderable hoy en la eminencia de su posición, como lo fué en todos los tiempos, el Colegio de Monserrat conserva el rostro que le modeló su fundador y prosigue su obra orientado dentro de los principios humanistas, en alianza fructífera con las disciplinas que exige la vida contemporánea. Los fundamentos y orientación de nuestro actual plan de estudios son el resultado de un enlace feliz entre el tesoro

inmortal de belleza del clasicismo, y las rígidas disciplinas científicas del siglo XX.

El principio moral inmutable del verbo de Duarte, se mantiene vivo en el corazón de su Colegio; está indicando, con el vigor que le es propio, el camino por donde el hombre tiene que peregrinar para llegar al destino impuesto por la divinidad.

Entre este Colegio y aquel otro de Duarte — repitiendo a Onofri —, «persiste la misteriosa correspondencia que reina entre el niño de pecho y la madre: su dolor o su salud, es una sola salud o un solo dolor, en virtud de una sagrada armonía».

Al cumplir hoy dos siglos y medio, el Instituto de Duarte, primado de la cultura media argentina, el Poder Ejecutivo de la Nación, aquí representado por el señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública, reverencia la noble tradición del Monserrat, elevando al Congreso el proyecto de ley que lo consagra como monumento nacional. Las páginas de ese mensaje expresan, entre otros conceptos no menos justicieros y ciertos, lo siguiente: «Colegio de autoridad y perfeccionamiento, que maduró el espíritu de varones ilustres. Presidentes, ministros, convencionales, legisladores, tribunos, estadistas, hombres de dinamismo, cerebros recios y almas dignas desfilaron por el Colegio de Monserrat. Actualmente es un símbolo que compendia toda una época, una representación exacta de nuestro pasado, presente y porvenir, prolongándose en manifestaciones del intelecto, a las más distintas zonas de la República. V. H., que representa la voz de la nación y sabe de sus aspiraciones, sus pensamientos, sus ideales, coincidirá, sin duda, con este Poder Ejecutivo en que por el origen, la historia, la expresión de sus destinos y lo que representa como tradición y ejemplo, el Colegio de Monserrat ya es un monumento en la conciencia argentina».

EL MONUMENTO AL FUNDADOR

El señor Rector de la Universidad y honorable consejo superior, interpretando plausiblemente la obra educacional y patriótica del tradicional Instituto, cuya influencia ha excedido las fronteras de la República, han dictado la ordenanza que manda levantar en este patio la estatua de su fundador.

Bastaría citar uno de los fundamentos del proyecto del rector doctor Sofanor Novillo Corvalán, para justificar tan elocuente inicia-

tiva: «No hay en Sud América un establecimiento secundario de tanto abolengo, cuya influencia haya sido tan grande en la cultura de una nación; celebrar tan fausto suceso es acto de estricta justicia, de gratitud a su fundador benemérito y de estímulo poderoso. Y creo que no puede haber homenaje más significativo que erigir la estatua del presbítero doctor don Ignacio Duarte y Quirós en el propio solar del Colegio, que él regó y amasó con su profundo saber religioso y sus virtudes excelsas, tan eminentes una y otras, que a su muerte y muchos años después, se exaltaron en las famosas «Laudationes», en grado que sólo recuerdan a las oraciones que Bossuet pronunciaba sobre la vida de los grandes santos y de las más excelsas figuras de la historia».

Y bien, señores; en su solar, en este patio de honor, que vivirá eternamente poblado de sueños juveniles, se ha asentado la piedra que fundamentará la estatua del presbítero insigne. Su austera figura presidirá, no lejos de sus cenizas venerables, la vida del Instituto que se honra con su nombre.

Maestros y alumnos: al pasar por aquí, sentiréis una dulce frescura en vuestros espíritus. Un silencioso deleite os inundará el ser y discutiréis plácidamente sobre cosas y figuras desaparecidas, cabe la fuente familiar, cuyo canto armonizará maravillosamente con las sugerencias de la estatura del fundador. Dejad que el alma se acerque al alma inmortal que vivirá en el bronce. Sobre vuestras cabezas perdure la bendición que sus labios pronunciaron, para todos los hijos de su colegio, cuando sus ojos se cerraban y su espíritu ascendía hacia Dios, embellecido en la belleza de su muerte.

EL PREMIO ANUAL

Se asocia a este acto un hecho trascendental de la vida del Colegio. El reglamento dispone otorgar el premio «Dr. Ignacio Duarte y Quirós» a los dos mejores bachilleres que se hayan distinguido durante todo el ciclo de los estudios. Alcanzar esa distinción, significa haber tenido un sentido claro del valor de la disciplina de nuestro plan de estudios. Haber subordinado la vida de estudiante con alta dedicación y comprensivo espíritu, al régimen progresivo de la enseñanza. Estos alumnos son Juan José de Vertiz y Alberto Horacio Bonet.

Permítaseme, por un instante, que altere un poco el tono oficial de mi palabra. Circunstancias especiales de este acto así lo exigen.

Debo cumplir con el mandato imperativo de mi cargo y moderar la emoción que me invade. Una irreprimible ternura inunda mi ser, al usar de mi palabra de rector para volcar estímulos superiores sobre el hijo que ha sabido hacerse acreedor al premio que es honor y responsabilidad. Quiero que estos estímulos lleguen también a vosotros, estudiantes; que tengan en vuestra intimidad franca acogida. Así mi vida, que es toda para este Colegio, habrá sentido, por un instante la vibración magnífica de vuestros corazones.

La distinción que vais a recibir, no es una gracia. Corresponde a un esfuerzo metódico que encierra el principio de una profesión; la profesión universal de ser hombre.

